

se parecen a nuestros hombres públicos en que los más inútiles son los que están más arriba.

D. ANDRÉS, *un poco amoscado*. - Muy bien... muy bien.

*Todos sonríen. Pausa general.*

FER.—Volviendo al tema en discusión, díme, Marcelo, ¿crees tú que manden a presidio a ese matador de mujeres?

MARCELO, *en tono natural*.—En este país no va a presidio ninguna levita. Sólo se castiga a los delincuentes vulgares. El estafador elegante, el homicida de zapatos lustrados gozan de una inmunidad envidiable, y hasta suelen perdonarnos la vida y mirarnos con aire de protección. *Ironía muy fina.*

Es curioso: un modesto empleado fiscal se arregla el modo de ganarse 30 ó 40 mil pesos en un par de años, y ya se le tiene por culta personalidad; otro de más alto rango administrativo, *distrae* en cualquier combinación financiera, doscientos mil, y hay motivo suficiente para que los diarios le califiquen al pie de su retrato, por lo menos, de *honorable caballero*, en la primera ocasión...

LUIS, *interrumpiendo a Marcelo*.—¿Y si se roba un millón?

ROBERTO, *rápido*.—Chico, aquí al que se roba un millón de pesos el Congreso lo declara Benemérito de la Patria!

*Hilaridad general.*

DOÑA ANT.—Hasta ahora recuerdo, Andrés, que me han dado el encargo de pedirle algo. Tendría usted algún inconveniente en cedernos el Teatro Nacional? Estamos organizando una velada cuyo producto líquido se destinará a la protección de «La Gota de Leche», que queremos quede a la altura de las de París y Berlín.

Es un proyecto viejo que tenemos varias amigas, de la Sociedad de San Vicente de Paúl.

DON ANDRÉS, *muy complacido*.—Antonia, cuente con ello desde luego. Usted comprenderá mi anhelo porque mi paso por el Ministerio sea fecundo en obras pías.

DOÑA ENC., *con entusiasmo desbordante*.—La velada resultará encantadora! Todos nuestros artistas líricos colaborarán! Pondremos un cuadro plástico! que se me ha ocurrido a mí! ¿Qué les parece?

LUIS.—Como suyo debe ser interesante. ¿Cuál es?

DOÑA ENC.—Romeo y Julieta en carácter, abrazados, sobre un balcón florido, al despertar del alba...

FER.—¿Y la alondra?

LUIS.—No les parece más práctico que vayamos a despertar el espíritu bailando un rato en el salón. Graciela tocará el piano, y la turnará Blanca.

GRACIELA, *poniéndose en pie*.—Eso es! Eso es!

ROBERTO, *levantándose*.—Admirable!

BLANCA.—Sí, sí, vamos!

FER.—A bailar!

ROBERTO.—Blanca: la primera pieza para Luis, y la segunda para mí, si usted es tan amable.

BLANCA, *a Roberto*.—Concedido, ni una palabra más.

D. ANDRÉS.—La juventud! ¡Oh la juventud, primavera de la vida!

*Todos se dirigen a la casa, entrando por la primera puerta. Se alejan poco a poco charlando. Angela y Marcelo se quedan atrás. Cuando sólo los dos están en la terraza, ella deja caer la rosa que lleva sobre el pecho. Marcelo la recoge.*

## ESCENA X

### MARCELO y ANGELA

ANGELA, *al recibir la rosa que Marcelo le presenta fríamente, silencioso, con falsa sonrisa*.—Gracias, Marcelo...

MARCELO.—De nada, señorita.

ANGELA, *burlona*.—De nada, no; me ha devuelto usted una rosa mía...

MARCELO.—Ah! Ya entiendo... eso la ofende...

ANGELA.—Con que ya entiendo... Me alegro.

MARCELO, *incisivo*.—No creo haber dado motivo...

ANGELA.—¿Motivo para qué?

MARCELO.—Pues para tanta generosidad.

ANGELA, *con desenfado*.—Yo soy así; pago en mejor moneda de aquella en que cobro... Amigo mío: ha sido usted tan galante conmigo esta noche!...

MARCELO, *le arrebató la flor y la coloca en la solapa*.—Bien; le tomo la palabra; me quedo con la rosa. Y si no la atendí antes fué temor de mortificarla...